

partes se había deslizado por las cortinas de mi lecho, penetraba entonces con estrépito en el cuarto. Abrió bruscamente la puerta y salió por la ventana empujando las vidrieras contra mi espalda, lo cual me causó la sorpresa de que hablaba hace un momento.

Se recordará que á una invitación de esa misma ráfaga de viento yo había abandonado la cama. Era evidente que la sacudida que acababa de recibir me invitaba á entrar de nuevo en ella, y esto es lo que me creí obligado á realizar.

¡Cuán bello es, sin duda alguna, el tener relaciones familiares con la noche, el cielo y los metéoros y saber sacar partido de su influencia! ¡Ah! ¡Las relaciones que uno se ve forzado á sostener con los hombres son ciertamente más peligrosas! ¡Cuántas veces no me ha hecho víctima de ellos mi ciega confianza! Algo sobre el particular decía aquí mismo, en una nota que he suprimido, porque era más larga que todo el texto, lo cual hubiera alterado las justas proporciones de mi viaje, cuyo pequeño volumen es su mayor mérito.

EL LEPROSO DE AOSTA

La parte meridional de la ciudad de Aosta está casi desierta, y parece no haber estado nunca muy habitada. Vense allí campos labrados y praderas, limitados, á un lado, por antiguos baluartes que los romanos elevaron para servirle de circuito, y á otro, por las tapias de algunos jardines. Esta solitaria situación puede, sin embargo, interesar á los viajeros. Cerca de la puerta de la ciudad vense las ruinas de antiguo castillo, en el cual, si se ha de dar fe á la tradición popular, el conde Renato de Chaláns, impulsado por el furor de los celos, dejó morir de hambre, en el siglo XV, á la princesa María de Braganza, su esposa; de aquí el nombre de *Bramafame*, que significa *grito del hambre*, dado á ese castillo por las gentes del país. Esta anéc-

dota, de cuya autenticidad no respondemos, hace á aquellas ruinas interesantes para las personas sensibles que la creen verdadera.

Más lejos, á algunos centenares de pasos, hay una torre cuadrada, adosada al muro antiguo, y construida con el mármol de que antes estaba revestido; se la llama *Torre del espanto*, porque el pueblo la ha creído habitada mucho tiempo por almas del otro mundo. Las mujeres ancianas de la ciudad de Aosta se acuerdan perfectamente de haber visto salir de la torre, durante las noches oscuras, á una mujer blanca, de alta estatura, con una lámpara en la mano.

Hace unos quince años que esta torre fué restaurada por orden del gobierno y rodeada de un muro, para alojar en ella á un leproso y separarlo así de la sociedad, procurándole todas las distracciones de que su triste situación era susceptible. El hospital de San Mauricio fué encargado de proveer á su subsistencia, y se le dieron algunos muebles, así como los útiles necesarios para cultivar un jardín.

Allí vivía el leproso desde hacía mucho tiempo, entregado á sí mismo, no viendo jamás á nadie, excepto al cura, que de vez en cuando iba á llevarle los consuelos de la religión, y al hombre que cada semana le dejaba sus provisiones del hospital. Durante la guerra de los Alpes, en el año 1797, encontrándose cierto militar en la ciudad de Aosta, pasó un día por casualidad cerca del jardín del leproso, cuya puerta estaba entreabierta, y tuvo la curiosidad de entrar en él.

Encontró á un hombre vestido sencillamente, apo-

yado contra un árbol, y sumergido en profunda meditación. Al ruido que hizo el oficial al entrar, el solitario, sin volverse á mirar, exclamó con voz triste :

— ¿Quién hay ahí y qué me quiere?

— Perdonad á un forastero, respondió el militar, á quien el agradable aspecto de vuestro jardín ha hecho cometer tal vez una indiscreción ; pero que de ningún modo quiere molestaros.

— ¡No avancéis! dijo el habitante de la torre haciéndole señas con la mano. ¡No avancéis! ¡Estáis cerca de un desgraciado atacado de lepra.

— Cualquiera que sea vuestro infortunio, replicó el viajero, no me alejaré : jamás he huído de los desgraciados ; sin embargo, si os es importuna mi presencia, estoy pronto á retirarme.

— ¡Sed bienvenido! dijo entonces el leproso volviéndose de repente. ¡Quedaos, si os atrevéis después de haberme mirado!

El militar permaneció algún tiempo inmóvil de sorpresa y espanto, ante el aspecto de aquel infortunado, á quien la lepra había desfigurado completamente.

— Me quedaré de buena gana, le dijo, si estimáis la visita de un hombre que la casualidad condujo aquí, pero al cual retiene ahora el más vivo interés.

EL LEPROSO.

¡Interés!... Jamás he excitado sino la compasión.

EL MILITAR.

¡Me creería dichoso si pudiera ofreceros algún consuelo!

EL LEPROSO.

¡Lo es ya para mí muy grande ver á los hombres, escuchar el sonido de la voz humana, que parece huir de mí!

EL MILITAR.

Permitidme, pues, conversar con vos algunos instantes y visitar vuestra mansión.

EL LEPROSO.

Con mucho gusto, si esto puede proporcionaros algun placer.

(Al decir estas palabras, el leproso se cubrió la cabeza con un ancho sombrero, cuyas alas bajadas le ocultaban el rostro.)

Pasad, añadió; aquí, al mediodía. Cultivo un pequeño cuadro de flores que tal vez os gusten: encontraréis algunas que son bastante raras. Me he proporcionado semillas de todas las que crecen espontáneamente en los Alpes y he procurado doblarlas y embellecerlas por el cultivo.

EL MILITAR.

En efecto, aquí veo flores cuyo aspecto es completamente nuevo para mí.

EL LEPROSO.

Observad este rosal: es el rosal sin espinas que no crece más que en los altos Alpes; pero pierde ya esta propiedad y echa espinas á medida que se le cultiva y se reproduce.

EL MILITAR.

Debería ser el emblema de la ingratitud.

EL LEPROSO.

Si os gusta alguna de esas flores, podéis tomarla sin temor: no corréis ningún riesgo llevándolas. Yo las he sembrado, tengo el placer de regarlas y verlas; pero no las toco jamás.

EL MILITAR.

¿Por qué?

EL LEPROSO.

Temería contagiarlas y no me atrevería á ofrecerlas.

EL MILITAR.

¿A quién las destináis, pues?

EL LEPROSO.

Las personas que me traen las provisiones del hospital no temen hacerse ramos con ellas. Algunas veces también los muchachos de la ciudad se presentan á la puerta de mi jardín. Subó en seguida á la torre por miedo de asustarles ó de servirles de estorbo. Desde mi ventana les veo registrar y arrancar algunas flores. Cuando se van, levantan los ojos hacia mí, diciéndome: « Buenos dias, leproso »; y esto me alegra un poco.

EL MILITAR.

Habéis sabido reunir aquí plantas bien diferentes: veo ahí viñas y árboles frutales de muchas especies.

EL LEPROSO.

Los árboles son todavía jóvenes : yo mismo los he plantado, así como esta parra que he hecho correr por encima de la antigua pared, y cuya anchura forma para mí un reducido paseo ; es mi sitio favorito... Subid á lo largo de esas piedras : es una escalera de que yo soy el arquitecto. Sentaos en el muro.

EL MILITAR.

¡Qué encantador es este sitio! ¡Cuán á propósito para las meditaciones de un solitario!

EL LEPROSO.

Es por esto que me gusta á mí mucho ; desde ahí veo el campo y los labradores que trabajan ; veo todo lo que pasa en la pradera y no soy visto por nadie.

EL MILITAR.

Admiro la tranquila soledad de este retiro. A pesar de estar en la ciudad, creeríase uno en medio del desierto.

EL LEPROSO.

La soledad no está siempre en medio de los bosques y las rocas. El infortunado siempre está solo.

EL MILITAR.

¿Qué serie de sucesos os ha traído á este retiro? ¿Este país, es vuestra patria?

EL LEPROSO.

He nacido á orillas del mar, en el principado de

Oneglia y no habito aquí sino desde hace quince años. En cuanto á mi historia, no es más que una larga y uniforme calamidad.

EL MILITAR.

¿Habéis vivido siempre solo?

EL LEPROSO.

Perdí en la infancia á mis padres, á quienes no llegué siquiera á conocer ; una hermana que me quedaba, murió hace dos años. Jamás he tenido amigos.

EL MILITAR.

¡Desgraciado!

EL LEPROSO.

Tales son los designios de Dios.

EL MILITAR.

¿Cuál es vuestro nombre?

EL LEPROSO.

¡Ah! ¡Mi nombre es terrible! ¡Me llamo *el Leproso!* Se ignora en el mundo el apellido de mi familia y el nombre que me dió la religión el día de mi nacimiento. Yo soy *el Leproso* : he aquí el único título que tengo para la benevolencia de los hombres. ¡Ojalá ignoren eternamente quién soy!

EL MILITAR.

Esa hermana que habéis perdido, ¿vivía en vuestra compañía?

EL LEPROSO.

Ha vivido cinco años conmigo en esta misma habitación en que me veis. Tan desgraciada como yo, compartía mis penas, y yo procuraba endulzar las suyas.

EL MILITAR.

¿Cuáles pueden ser ahora vuestras ocupaciones en soledad tan profunda?

EL LEPROSO.

El detalle de las ocupaciones de un solitario como yo, no puede dejar de ser monótono para un hombre de mundo que halla su dicha en la actividad de la vida social.

EL MILITAR.

¡Ah! Conocéis poco el mundo, que jamás me ha dado la dicha. Yo permanezco á veces solitario por gusto, y hay tal vez más analogía entre nuestras ideas de lo que presumís; sin embargo, lo confieso, una soledad eterna me espanta. No puedo concebirla.

EL LEPROSO.

El que ama su celda encontrará la paz. La Imitación de Jesucristo nos lo enseña. Empiezo ya á comprender la verdad de estas consoladoras palabras. El sentimiento de la soledad se endulza también por el trabajo. El hombre que trabaja, jamás es completamente desgraciado, y ved en mí la prueba. Durante la primavera, el cultivo de mi jardín me ocupa suficientemente; durante el invierno hago cestas y esteras; trabajo en la

confección de mis propias ropas; yo mismo preparo cada día mi alimento, con las provisiones que me traen del hospital, y la oración me ocupa durante las horas que el trabajo me deja libres. En fin, transcurre el año, y cuando ha pasado, todavía me parece que ha sido corto.

EL MILITAR.

Y, sin embargo, debería pareceros un siglo.

EL LEPROSO.

Los males y las tristezas hacen parecer largas las horas; pero los años vuelan siempre con la misma rapidez. Existe todavía, en el último término del infortunio, un goce que el común de los hombres no puede conocer y que os parecerá bien singular: el de vivir y respirar. Yo paso días enteros de primavera inmóvil sobre ese baluarte, disfrutando del aire y de la hermosura de la naturaleza; todas mis ideas son entonces vagas é indecisas; la tristeza descansa en mi corazón sin abrumarle; mis miradas vagan sobre esa campiña y sobre las rocas que nos rodean; estas diferentes perspectivas se imprimen de tal modo en mi memoria, que forman, por decirlo así, parte de mí mismo, y cada sitio es un amigo que veo con placer todos los días.

EL MILITAR.

Yo he experimentado á menudo algo parecido. Cuando la tristeza se ceba en mí y no encuentro en el corazón de los hombres lo que el mío desea, el aspecto de la naturaleza y de las cosas inanimadas me consuela; co-

bro afecto á las rocas y á los árboles, y me parece que todos los seres de la creación son otros tantos amigos que Dios me ha dado.

EL LEPROSO.

Me animáis á que os explique á mi vez lo que en mí pasa. Yo amo verdaderamente los objetos que son, por decirlo así, mis compañeros de existencia, y á los que veo cada día. Así, todas las noches, antes de retirarme á la torre, vengo á saludar las neveras de Ruitorts, los sombríos bosques del monte San Bernardo y los picos extraños que dominan el valle de Rhemo. Aunque el poder de Dios se manifiesta del mismo modo en la creación de una hormiga que en la del universo entero, el gran espectáculo de las montañas se impone, sin embargo, más á mis sentidos: yo no puedo ver esas enormes masas cubiertas de eternas nieves sin experimentar un místico asombro; pero en este vasto cuadro que me rodea, tengo sitios favoritos que yo amo con preferencia; de este número es la ermita que podéis ver allá arriba, sobre la cúspide de la montaña de Charvensod. Aislada en medio de los bosques, cerca de un campo desierto, recibe los últimos rayos del sol poniente. Aunque jamás he estado en ella, siento un placer singular en verla. Cuando declina el día, sentado yo en mi jardín, fijo los ojos en esa ermita solitaria, y mi imaginación descansa contemplándola. Se ha convertido para mí en una especie de propiedad; parece-me como si una reminiscencia confusa me dijera que yo he vivido allí en tiempos más dichosos, cuyo recuerdo

se ha borrado en mí. Me gusta, sobre todo, contemplar las montañas lejanas que se confunden con el cielo en el horizonte. Del propio modo que el porvenir, la distancia hace nacer en mí el sentimiento de la esperanza; mi corazón oprimido cree que existe tal vez lejanísima tierra en donde, en una época futura, podré gustar al fin esa dicha por que suspiro y que un instinto secreto me presenta sin cesar como posible.

EL MILITAR.

Con un alma ardiente como la vuestra, sin duda os han sido precisos muchos esfuerzos para resignaros á vuestro destino y para no abandonaros á la desesperación.

EL LEPROSO.

Os engañaría si os dejase creer que estoy siempre resignado con mi suerte; yo no he llegado hasta esa abnegación de sí mismo que algunos anacoretas han alcanzado. Este sacrificio completo de todos los afectos humanos, todavía no lo he hecho; mi vida se desliza en combates continuos, y los poderosos auxilios de la misma religión no siempre son capaces de reprimir los vuelos de mi fantasía, la cual me arrastra á menudo, á pesar mío, á un océano de deseos quiméricos que me llevan hacia ese mundo del que no tengo ninguna idea, y cuya imagen ficticia está siempre presente para atormentarme.

EL MILITAR.

Si yo pudiera haceros leer en mi alma y daros del

mundo la idea que tengo de él, todos vuestros deseos y toda vuestra nostalgia se desvanecerían al instante.

EL LEPROSO.

En vano algunos libros me han instruído acerca de la perversidad de los hombres y de las desgracias inseparables de la humanidad: mi corazón se niega á creerlos. Me represento siempre sociedades de amigos sinceros y virtuosos; esposos amantes á quienes la salud, la juventud y la fortuna reunidas colman de dicha. Creo verles vagar juntos de una parte á otra por frondas más verdes y más frescas que las que me prestan su sombra, iluminados por un sol más brillante que el que á mí me alumbra, y su suerte me parece más digna de envidia á medida que es más miserable la mía. Al comenzar la primavera, cuando el viento del Piamonte sopla en nuestro valle, me siento penetrado por su calor vivificante y me estremezco á mi pesar. Experimento un deseo inexplicable y el sentimiento confuso de una felicidad inmensa de que podría gozar y me está vedada. Entonces huyo de mi celda y corro por la campiña para respirar más libremente. Evito ser visto por esos mismos hombres á quienes mi corazón arde en deseos de encontrar; y desde lo alto de la colina, oculto entre matorrales como bestia feroz, mis miradas se dirigen hacia la ciudad de Aosta. Veo á lo lejos, con ojos de envidia, á sus dichosos habitantes, que apenas me conocen; les tiendo las manos gimiendo, y les pido mi parte de felicidad. En mi delirio... ¿lo confesaré? ¡algunas veces he estrechado entre mis brazos los árboles

del bosque, rogando á Dios que los animara para mí y me diera un amigo!... Pero los árboles permanecen mudos y su fría corteza me rechaza; nada tiene de común con mi corazón, que palpita y arde. Abrumado de fatiga, cansado de vivir, me arrastro de nuevo hacia mi retiro, expongo á Dios mis torturas, y la plegaria devuelve á mi corazón un poco de calma.

EL MILITAR.

¿Así, mi pobre amigo, sufrís á la vez todos los males del alma y del cuerpo?

EL LEPROSO.

¡No son los últimos los más crueles!

EL MILITAR.

¿Por lo visto os dejan algún descanso?

EL LEPROSO.

Todos los meses aumentan y disminuyen con las fases de la luna. Cuando empieza su creciente, sufro ordinariamente más; la enfermedad disminuye en seguida y parece cambiar de naturaleza; mi piel se seca y blanquea y ya casi no siento mi mal; todo esto sería ciertamente soportable sin los espantosos insomnios que me causa.

EL MILITAR.

¡Qué! ¿Hasta el sueño os abandona?

EL LEPROSO.

¡Ah, señor! ¡Los insomnios, los insomnios! No po-

déis figuraros cuán larga y triste es una noche pasada así entera por un desgraciado sin cerrar los ojos, fijo el espíritu sobre su situación espantosa y sobre su porvenir sin esperanza. ¡No! Nadie puede comprenderlo. Mis inquietudes aumentan á medida que la noche avanza, y cuando va á terminar, mi agitación es tal, que llego á perder el tino: mis pensamientos se confunden; experimento un sentimiento extraordinario, que no encuentro en mí sino en esos tristes momentos. Tan pronto paréceme que una fuerza irresistible me arrastra á un abismo sin fondo, tan pronto veo manchas negras ante mis ojos; pero mientras las examino, se cruzan con la rapidez del relámpago, se ensanchan al acercarse á mí, y bien pronto se convierten en montañas que me abruma con su peso. Otras veces, también, veo salir á mi alrededor nubes de la tierra, como olas que se hinchan, que se amontonan y que amenazan devorarme; y cuando quiero levantarme para distraerme de estas ideas, me siento como retenido por lazos invisibles que inutilizan mis fuerzas. Creeréis tal vez que esto son sueños; pero no, estoy bien despierto. Vuelvo á ver sin cesar los mismos objetos, los cuales me causan una sensación de horror que sobrepuja á todos mis otros males.

EL MILITAR.

Es posible que tengáis fiebre durante esos crueles insomnios, y ella es sin duda la que os causa esa especie de delirio.

EL LEPROSO.

¿Creéis que puede proceder esto de la fiebre? ¡Ah! Bien quisiera yo que fuese verdad lo que decís. Hasta ahora había temido que esas visiones fuesen síntomas de locura, y os confieso que esto me inquietaba mucho. ¡Quiera Dios que sea, en efecto, la fiebre!

EL MILITAR.

Me interesáis vivamente. Confieso que jamás me hubiera formado la idea de una situación semejante á la vuestra. Me parece, sin embargo, que debía ser menos triste cuando vuestra hermana vivía.

EL LEPROSO.

¡Sólo Dios sabe lo que yo he perdido con la muerte de mi hermana!... Pero ¿no teméis encontraros tan cerca de mí? Sentaos aquí, sobre esa piedra; yo me colocaré tras el follaje, y conversaremos sin vernos.

EL MILITAR.

¿Por qué? No, no os vayáis; colocaos cerca de mí.
(*Al decir estas palabras, el viajero hizo un movimiento involuntario para tomar la mano del leproso, que la retiró vivamente.*)

EL LEPROSO.

¡Imprudente! ¡Ibais á coger mi mano!

EL MILITAR.

¡Y bien, qué! la hubiera estrechado de buena gana.